

cuenta entre las que conservan mejor las formas primitivas, fué restaurada en 772 por el papa Adriano I, y en 858 por el papa Nicolás I.

Ademas, su precioso adorno es la imágen de la Santa Virgen, que fué traída de Oriente con el fin de sustraerla á los ultrajes del emperador iconoclasta Leon el Isaurio. A juicio de los conocedores, esta obra maestra de la pintura bizantina, es tan bella, que Roma no tiene otra igual. Está colocada detras del altar mayor, y tiene una famosa inscripcion en griego, cuyo significado en español, es: «Madre de Dios, siempre virgen.» Bajo el coro está una cripta primitiva, á la cual se baja por dos escaleras. La antigua inscripcion indica que allí se conserva el cuerpo de Santa Cirila, hija del emperador Décio. *Beata Cyrillea virgy, et M. filia Decii.* Los agiógrafos piensan, sin embargo, que la ilustre mártir era solamente, una liberta de la emperatriz, mujer del perseguidor. Como quiera que sea, todos los peregrinos se apresuran á besar la piedra en que fué inmolada la inocente víctima. Esta piedra puede tener tres pies de longitud, dos de anchura, y cuatro pulgadas de espesor. Doscientos mártires de todas edades, sexos y países, forman el augusto cortejo de la Santa Virgen en Santa María *in Cosmedin* 1. Les dimos gracias con efusion por haber librado con su sangre al mundo, de las atrocidades paganas, y volvimos á entrar para analizar las impresiones y los recuerdos de aquella interesante jornada.

1 Constanzi, t. II, p. 44; Mazzol., t. VI, p. 136.

### 30 DE DICIEMBRE.

Monte Aventino.—Recuerdos paganos.—Recuerdos cristianos.—Iglesia de Santa Prisca.—De Santa Sabina.—Historia.—Mosáico.—Santo Domingo; su naranjo.—Iglesia de San Alejo.—Historia.—Priorato de Malta.—Vista de Roma.—El Monte Testaccio.—Orden extravagante de Heliogábalo.

Atravesando una parte de las regiones visitadas la víspera, y sin mirar ni á derecha ni á izquierda, temiendo detenernos todavía, llegamos á buena hora al pié del Aventino. Por una calle estrecha, pedregosa, sin pavimento, subimos por el lado del Tíber los flancos escarpados de la colina; los recuerdos surgian de todas partes. A la izquierda dejábamos el antro de Caco, el famoso ó el fabuloso bandido que fué muerto por Hércules, á quien le habia robado sus bueyes 1; delante de nosotros se presentaban los baños de Décio y de Heliogábalo, tristemente célebres por los nombres y los hechos que recuerdan 2; la casa de Vitelio, que excitó el furor de los romanos 3; el templo infame de la buena Diosa 4, el de Minerva, á donde se reunian los comediantes y los poetas 5; el de la Libertad con su *Tabularium*, que contenia el código penal para las vestales infieles 6. A esta página desfigurada de la historia profana, sucedieron muy pronto los títulos mejor conservados de nuestras glorias cristianas. Aquí habitaron Santa Marcela y Santa Silvia, esas dos ilustres matronas, de las cuales la primera ocupa un lugar tan glorioso en los escritos de San Jerónimo 7; y la segunda en la vida

1 Virgil., lib. VIII.

2 Cassiod., *in Croni.* Lamprid., *in Heliogab.*

3 Tacit. *Hist.* lib. III.

4 Ovid., *Fast.*, lib. V.

5 Festus *in Scribas.*

6 Tit-Liv., *Decad.* V. lib. V; Festus, lib. V.

7 *Epist.* 54, *ad Desider.*

de San Gregorio Magno, digno hijo de tal madre.

Hasta aquí habíamos vivido con recuerdos; por fin, comenzó la realidad. La iglesia de *Santa Prisca* nos abrió sus puertas y sus tesoros de antigüedades. Está cerca del templo de *Diana* y de la *Fuente de los Faunos*, y se levanta en el mismo lugar ocupado por la casa de la ilustre mártir. San Pedro recibió en ella frecuentemente la hospitalidad, gracias á dos neófitos judíos de nacion, Aquila y Priscila, vinculados tal vez con la familia consular de Santa Prisca. Esta jóven virgen tenia trece años de edad, cuando fué bautizada por el apóstol mismo en la morada paternal. Denunciada ante el emperador Claudio, fué conducida al templo de Apolo, para que sacrificase á los ídolos. Se negó á ello, y el juez la mandó azotar cruelmente, y en seguida llevar á una estrecha prision. Conducida por segunda vez al tribunal, mostró la misma firmeza, de suerte que el tirano, encendido en furor, mandó verter sobre su cabeza aceite hirviendo y que la precipitaran á un negro calabozo, de donde salió para ser entregada á las fieras; pero el leon que debia devorarla, se dejó caer respetuosamente á sus piés. Este espectáculo no pudo conmover á los verdugos, y sometieron á la jóven virgen á los tormentos del potro, del fuego y del hambre, hasta que por fin, dióles vergüenza el ser vencidos por una niña y la arrastraron á la vía de Ostia, en donde la cortaron la cabeza, á tres millas de Roma 1; Santa Prisca es mirada como la protomártir del Occidente 2. Así, la primera sangre regeneradora que corrió en la vieja Roma, fué una sangre romana, una sangre ilustre, una sangre virginal!

En la cripta se guarda preciosamente

1 Baron., *Annot. ad Martyrol.*; Martinelli, *Primo Trofeo della Croce*, c. XVIII.

2 Mazz., t. VI, p. 269.

el vaso con que San Pedro administraba el bautismo. La iglesia restaurada por los papas Adriano I en 772, y Calixto II en 1455, conserva una antigua inscripcion que recuerda sumariamente los hechos que acabo de referir 1.

Una sangre no ménos ilustre purificó el lugar largo tiempo manchado por el templo de Juno *Regina*. Esta sangre fué la de Santa Sabina, martirizada en la casa de sus padres. Confiada á los cuidados de una aya cristiana, recibió Sabina el bautismo, hizo un rico matrimonio y fué arrestada luego por cristiana. Elpidio fué á interrogarla por orden de Adriano: «¿No sois vos Sabina, la ilustre por vuestro nacimiento y por vuestro matrimonio?» 2 «Sí, yo soy, pero doy gracias á Jesucristo, que por medio de su sierva Serapia, me ha librado de la esclavitud del demonio.» No preguntó más el juez, y despues de hacerla sufrir mil tormentos, mandó cortar la cabeza de aquella noble acusada. Sus hermanos en la fe, que se apresuraron á levantar un oratorio sobre su tumba en el *Pagus Vindicianus*, tuvieron cuidado de no olvidar el teatro mismo de su triunfo. En 425, un virtuoso sacerdote llamado Pedro, ilirico de origen, edificó allí una iglesia. La inscripcion siguiente recuerda la memoria del caritativo fundador: «Rico para los pobres, pobre para consigo mismo, que despreciando los bienes de la vida presente, mereció esperar la vida futura. *Pavperibus locuples, sibi pavper, qui bona vite presentis fugiens, meruit sperare*

1 Montis Aventini nunc facta est gloria major Unius veri religionis Dei:

Præcipue ob Priscæ quod cernis, nobile Templum Quod prisce merito par sibi nomen habet. Nam Petrus id coluit, populos dum sæpe doceret, Dum faceret magno sacraque sæpe Deo, Dum quos Faunorum fontis deceperat error Hic melius sacra purificaret aqua.

Véase Foggino, p. 285.

2 Tunc es illa Sabina et genere et matrimonio nobilissima?

*foram.* « ¿Hay una inscripcion pagana que valga lo que ésta? ¿Pero qué decir de esta otra, colocada en la misma iglesia por el piadoso cardenal Valentini? « *Vt moriens viveret, vivit ut moriturus.* A fin de vivir muriendo, vivió como quien debe morir.» Toda la filosofía humana está encerrada en estas cortas palabras.

La iglesia de Santa Sabina, tan llena de recuerdos, fué consagrada por San Sixto III y declarada estacional para el Miércoles de Ceniza por San Gregorio Magno. El ilustre pontífice predicó en ella muchas veces en ese día, y los papas conservaron mucho tiempo la costumbre de venir á Santa Sabina á recibir las cenizas de la penitencia.

Las paredes laterales, la disposicion de los puntos de interseccion, anuncian que la iglesia estuvo adornada con mosaicos, de los cuales solo quedan dos hermosos vestigios; el primero corona la ábside del crucero. Quince medallones le dan vuelta al arco: el más elevado representa á Nuestro Señor; los otros contienen figuras inciertas, á las cuales se les encuentra alguna semejanza con las imágenes de los emperadores en las medallas. De cada lado está una ciudad, que la arqueología cristiana reconoce por Jerusalem y Bethleem, los dos extremos opuestos de la vida mortal de Nuestro Señor; tres lámparas están suspendidas de sus bóvedas, emblema de la luz que salió del pesebre, cuna del Niño Dios, y de la cruz, su lecho de muerte. En el cielo, y encima de la cabeza de Nuestro Señor, vuelan nueve palomas, gracioso símbolo de la inocencia y de la dulzura del Dios hecho hombre.

Abajo de la iglesia está el otro vestigio, no ménos interesante que el primero. Los cuatro Evangelistas, con sus atributos, forman la parte superior del cuadro. En los lados, se ve á la derecha á San Pedro, á la izquierda á San Pablo, ambos predi-

cando el Evangelio. Encima de la cabeza de San Pedro, se escapa del fondo de la nube, la mano entrecerrada, símbolo del poder divino, del cual es depositario el Apóstol. Abajo de San Pedro aparece una muger que tiene un libro en la mano; á sus piés, se leen las palabras siguientes, que explican la figura: *Ecclesia ex Circumcisione; la iglesia de la Circuncision.* Abajo de San Pablo está una figura semejante, con estas palabras igualmente claras: *Ecclesia ex gentibus; la iglesia de los Gentiles.* Uncion, sencillez, grandeza, tales son los caracteres de aquellas antiguas pinturas. A la verdad, nuestros padres estaban mejor inspirados que los artistas modernos, que con demasiada frecuencia inscriben en las paredes de nuestros templos, con un pincel pagano y un corazón mundano, verdades de las cuales no tienen ni inteligencia, ni sentimiento l.

En la cripta, colocada bajo el altar, descansan los cuerpos de Santa Sabina y de Santa Serapia, vírgen y mártir, su aya. A la entrada, á la izquierda, se ve fija en la pared la piedra que cubria la tumba de las santas mártires y sobre la cual tenia costumbre de hacer oracion Santo Domingo. ¿Cómo el glorioso fundador de los Dominicos habia elegido aquel lugar de oracion? La razon es muy sencilla: el papa Honorio III poseia un palacio contiguo á Santa Sabina, y se lo regaló á Santo Domingo; entónces el palacio pontifical llegó á ser la morada del religioso, y una de las más ilustres casas de su órden.

En la fachada brillan los nombres de los huéspedes inmortales que lo habitaron; Santo Domingo, San Raimundo de Peña fort, Santo Tomás de Aquino, San Jacinto, la luz de la Polonia y San Pio V. Juzgad del miedo religioso que se sentirá al pasar los umbrales de aquella morada tan-

1 Véase á Ciampini, t. I, p. 186 y siguientes.

tas veces venerable; al recorrer aquellos mismos lugares que recorrieron tantos santos, tantos hombres de génio! Se nos permitió entrar al cuarto de Santo Domingo, cuya forma no ha cambiado: tiene como diez piés de longitud y seis de latitud. Hoy es una capilla ricamente adornada por los reyes de España. Una ligera distancia la separa de la modesta celdilla habitada por San Pio V, el pontífice de gloriosa memoria, el vencedor de Lepanto. Conducidos por un religioso lleno de esa dulce afabilidad que caracteriza á todos los dominicos que he conocido, atravesamos los vastos claustros para dirigirnos al jardín. Allí se encuentra un naranjo plantado por la mano de Santo Domingo, y está rodeado de una inmensa caja de piedra que recuerda los *Pluteri* de los antiguos; este árbol seis veces secular, da todavía naranjas, de las cuales arrancaron algunas á nuestra vista y nos las dieron como recuerdo de piedad. Las recibimos con reconocimiento, y lo diré en alta voz, las hemos llevado como reliquias muy más preciosas, bajo otro carácter, que las hojas de los arbustos virgilianos, ó los pedazos de mármol y de mosaico arrancados á los monumentos profanos, con los cuales forman los viajeros una amplia coleccion.

Cuando saliendo de Santa Sabina se voltea á la derecha, se llega en breve al convento de los Gerónimos, en donde se encuentra la bella iglesia de San Alejo. El primer objeto de una justa admiracion es el tabernáculo del altar mayor, de piedras preciosas, dón verdaderamente real de Carlos IV rey de España. Pero aquí las maravillas del arte y la magnificencia de los príncipes están eclipsadas por el brillo de la humildad cristiana. La iglesia que visitábamos, antiguo palacio de Eufemiano, senador romano y padre de San Alejo, recuerda el heroismo de una virtud tal vez más difícil que el martirio. Mirad

á la derecha en el recinto sagrado aquel pozo estrecho y profundo, es el mismo en donde el hijo del senador tomaba el agua que bebía. Abajo de la Iglesia, detras de una soberbia reja, mirad aquella escalera; es la misma debajo de la cual despues de volver de una larga y misteriosa peregrinacion, vivió Alejo diez y siete años, pobre y desconocido en la casa paterna. Esta escalera es de madera, se compone de diez escalones y está cubierta con una gasa que la protege del polvo, pero que no impide que se vea distintamente l. Una magnífica estatua de mármol blanco, representa al santo, acostado, teniendo con una mano un crucifijo y con la otra un papel. El escultor ha querido inmortalizar la muerte del gran siervo de Dios. Hé aquí el hecho:

Despues de diez y siete años, el hijo de Eufemiano y de Aglaé vivia oscuro y oculto como uno de tantos pobres, debajo de la escalera de la casa paterna; mas el fin de su heroica carrera llegó. El Dios de las almas humildes quiso hacer brillar la virtud de su siervo y glorificar solemnemente delante de los hombres, á aquel que para agradar á Dios habia evitado tan largo tiempo y con tanta fidelidad las miradas de aquellos. Alejo murió; y al punto resonó una voz misteriosa en muchas iglesias de Roma que dijo: *Querite hominem Dios, ut oret pro Roma.* «Buscad al hombre de Dios para que ore por Roma.» La ciudad se conmueve, se agita, se preguntan unos á otros, todos se ponen en oracion para preguntar á Dios en donde está el santo que es preciso buscar. La misma

1 Bajo la escalera se lee la inscripcion siguiente. «Sub gradu isto in paterna domo B. Alexius, Romano rum nobilissimus, non ut filius, sed tanquam pauper advena receptus, asperam egenamque vitam duxit annis XVII; ibique purissimam animam Creatori suo fecerit reddidit anno CCCXIV, Innocentio PP. I, Honorio et Teodosio II imperatoribus.»

voz se dejó oír: «Buscad al hombre de Dios, á fin de que ore por Roma;» y añadió en seguida: «*In domo Euphemiani querite, Buscad en la casa de Eufemiano.*»

A ella acude el pueblo en masa, y encuentra al santo pobre, muerto bajo la escalera, con un crucifijo en una mano y un papel cerrado en la otra. En vano tratan de quitarle aquel papel, en el cual se presume que ha escrito su historia. El Soberano Pontífice, el emperador y el senado fueron informados al punto del prodigio; acuden al monte Aventino, y entre ellos el padre de Alejo, que formaba parte de la comitiva. Llega el Vicario de Jesucristo, se pone cerca del muerto y le ordena en nombre de Dios que entregue el papel que tenía en su mano; la mano se abre y deja caer el escrito en la del papa. Al punto se le dió lectura en presencia del emperador, del Senado, de todo el pueblo, del padre, de la madre y de la esposa de Alejo. ¡Juzgad de la impresion que debió producir en estos tres últimos testigos la lectura de aquel escrito, que les dió á conocer que aquel pobre, oculto diez y siete años debajo de la escalera de su palacio, era nada ménos que Alejo, hijo de los dos primeros y esposo de la última!

Roma entera se anegó en lágrimas de dolor y de alegría, y si me es permitido decirlo, de admiracion. Por respeto hácia el siervo de Dios, el emperador Honorio y el papa Inocencio I, quisieron llevar ellos mismos al santo á la iglesia de San Bonifacio, que unida al palacio de Eufemiano, forma la iglesia de San Alejo I. Su cuerpo descansa bajo el altar mayor en una caja magnífica, con el de San Bonifacio mártir. No léjos de allí se vé la imagen milagrosa de la Virgen Santa, que manifestó á los habitantes de Edessa el mérito del bienaventurado peregrino y que acon-

1 Véase las Bolandistas, 17 de Julio.

sejó á éste que se volviera á Roma y viviese allí desconocido en la casa paterna 1.

El heroísmo cristiano que acabábamos de admirar en el valor de una jóven y en la humildad de un noble jóven, brilla todavía en el monte Aventino, en una de sus expresiones más sublimes. Cerca de San Alejo está el gran priorato de los *Caballeros de Malta*. La iglesia de estos, dedicada á la Santísima Virgen, se levanta sobre las ruinas del templo de la diosa *Fauna* 2, que es, como se sabe, uno de los títulos numerosos que los paganos daban á Cibeles. ¡Honrar á María en el mismo lugar en que se celebraban los misterios de la Buena Diosa! A la verdad que Roma es admirable por su tacto y por su inteligencia. Santa *María Aventina*, forma el centro del priorato, situado en una posición magnífica. Cuando esteis delante de la puerta principal que da hácia la esplanada plantada de verdes árboles, no olvideis mirar por el agujero de la cerradura, vuestra vista irá á fijarse á media legua de distancia en la cúpula de San Pedro.

Desde el mirador edificado en el fondo del jardín, sobre la orilla escarpada de la colina, el golpe de vista es verdaderamente pintoresco. Al pié del Aventino pasa el Tiber, haciendo rodar penosamente sus aguas amarillentas hácia el puerto de los Romanos; en la orilla opuesta se presenta el gran hospicio de San Miguel, luego el Trastevere, luego el Tanfuculo en el horizonte y Roma á la derecha. A la izquierda, al Sudeste, entre la antigua puerta *Trigemina* y la puerta de Ostia, los ojos de la memoria descubren el vasto puerto *Navalia, emporium* cavado por los romanos y rodeado de soberbios pórticos á donde abordaban los navíos encargados de traer á Roma las producciones y los despojos del mundo. En los mismos lugares

1 Mazzol., c. VI, p. 270.

2 Nardini, p. 398.

perciben también el arsenal de la marina y los graneros públicos 1, así como el *Forum pistorium*, establecido tal vez despues que Domiciano hubo formado un colegio de panaderos 2. Más léjos se levanta, aislado en medio de la vasta llanura, el monte *Testaccio*. ¡Singular montaña! Formada toda de escombros y de ollas rotas, no tiene más que 163 piés de altura y 4,508 de circunferencia. Se está de acuerdo en decir que los terrones sacados por los antiguos romanos, cuando construyeron el gran circo y los otros monumentos de su ciudad, forman las capas inferiores de aquella colina artificial; las ánforas rotas constituyen la parte superior. Esta explicacion, por otra parte, demostrada de hecho, nada tiene que repugne. Se sabe que los romanos hacian un uso continuo y por consiguiente un gran consumo de jarras de tierra cocida, para poner agua, vinos, aceites, algunos otros líquidos y también las cenizas de los muertos. Los fragmentos de estas jarras que iban acumulándose poco á poco en el mismo lugar, formaron despues de algunos siglos el monte *Testaccio*.

En su base, se han cavado amplias cuevas que tienen una fresca temperatura, en las cuales se conserva todavía la provision de vinos para el consumo de la ciudad. El *Testaccio* es la bodega de Roma.

Si cuando mirais aquella montaña de las *ollas rotas* os acordais de que un día Heliogábalo, queriendo conocer la grandeza de Roma, mandó á sus esclavos que reuniesen todas las arañas de la ciudad, y que se reunieron diez mil que formaban un gran peso 3, tendreis dos indicaciones

1 Tit-Liv., Decad. V, lib. V.

2 Sext. Aurel., *in Trajan*.

3 Servis imperasse ut omnes araneas colligerent in urbe; atque eos collegi-se ad decem millia pondo, et subjecisse, vel hinc intelligendum quam magna Roma esset.—Lamprid., *In Heliogab.*

vastante extravagantes, ó del descuido y suciedad ó de la prodigiosa multitud de la poblacion romana.

### 31 DE DICIEMBRE.

Fin del año.—Impresiones.—*Te Deum* en el *Jesús*.

Era el último dia del año. Graves en todas partes son los pensamientos que inspiran este tiempo que huye y que nos arrastra en su huida; este año que acaba, va á caer en el abismo de la eternidad, como la gota de agua en las profundidades del Océano; esta escena del mundo, tan caprichosa y tan móvil, con la cual cambiamos también nosotros; este mundo, en fin, que se hunde á nuestro alrededor; todos estos pensamientos llegan á ser en Roma más graves y más solennes. ¿Y podría ser de otro modo? Por una parte, los objetos que os rodean, es decir, la imagen presente á vuestros ojos de la gloria humana más grande, del poder más colosal que jamás se ha visto, desfigurado, desvanecido, oculto en la noche silenciosa de una inmensa tumba; y por otra los monumentos cristianos que se encuentran á cada paso levantados sobre los mutilados despojos de los teatros y de los *forum* ó sobre la elevada cúspide de las siete colinas. El aspecto de esta Iglesia de Jesucristo, que entre todas las catástrofes y todas las revoluciones de los imperios, es la única que permanece inmutable: la reunion en el mismo lugar, y en el último dia del año, de dos mundos, el uno en otro tiempo temible gigante, vencedor de las naciones, y hoy cadáver podrido en el sepulcro; y el otro, ántes pequeño rebaño perseguido hasta en las entrañas de la tierra, y hoy rey sentado en su carro de triunfo. Esta doble vista de la nada del hombre y de la grandeza de Dios, penetra el alma de un temor religioso que

hace que uno se diga á sí mismo: ¡Y tú también pasas, peregrino de un día! ¿quién se acordará mañana de tí? ¿quieres vivir despues de la tumba? inmortaliza tu espíritu, inmortaliza tu corazón, inmortaliza tu vida, identificate con lo que no pasa. Que cada año arrancado á tu existencia terrestre, vaya á unirse con tu existencia futura; apresúrate, porque el año que empieza será tal vez el último.

Conducido por estos pensamientos, únicos á mi parecer que están en armonía con Roma á fin de año, nos dirigimos al Jesus. Segun costumbre, el soberano pontífice va allí el último día del año por la tarde, para dar una bendicion y cantar un *Te Deum* solemne. Difundir por última vez el rocío de la gracia en el mundo católico; hacer subir hácia Aquél de quien baja todo dón perfecto, un último himno de reconocimiento; perfumar con el incienso de la oracion el año que vá á comparecer ya ante Dios, hé aquí el objeto sublime de esta ceremonia.

Una inmensa multitud, deseosa de ver

llegar al Santo Padre, obstruia la plaza del Jesus y todas las calles adyacentes. No sin gran trabajo llegamos á procurarnos un lugar. Por fin dos dragones llegaron á galope, y todo el pueblo, descubriéndose en señal de respeto, repetia: ¡Eccolo! ¡Eccolo! ¡Héle ahí! ¡Héle ahí! En efecto, muy pronto apareció la guardia noble, de gran uniforme; despues la carroza pontifical tirada por seis caballos negros, llevados por dos postillones de librea roja. El Santo Padre llevaba sotana blanca, roquete, muceta, estola y sombrero rojo. Nos fué posible seguirle hasta la iglesia y asistir al *Te Deum*; pero oprimidos por la muchedumbre, solo pudimos gozar imperfectamente de la bella iluminacion. Al salir ya el soberano pontífice, fué saludado por un grito que jamas ha oido ningun otro monarca del mundo: ¡Santo Padre, la bendizione! ¡Santo Padre, vuestra bendicion! repetia á vista de su padre y de su rey el pueblo romano, verdadero hijo mimado de un gobierno acaso demasiado dulce.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.		Pág.
Prólogo . . . . .	5	Catarina de Génova. Iglesia de Santa María-di-Carignano. Salida de Génova. Novi . . . . .	46
2—de Noviembre de 1841. Salida de Nevers. Itinerario. Villars. Saint Parize. Saint Pierre-le-Moutier . . . . .	11	16—Alejandría. Una hermana gris. Recuerdo. Campo de batalla de Marengo. Voghera. El Rizzotto á la Milanese. Encuentro con un padre capuchino . . . . .	48
3—Moulins. La iglesia del Colegio. Recuerdos. Un viaje en diligencia y la vida humana. El progreso. Roanne. Tarare. Lyon . . . . .	14	17—Llegada á Stradella. La aduana. Pasaje del Trébia. Inscripciones. Placencia. Aspecto de la ciudad. Recuerdos. Hospital . . . . .	51
4—Salida de Lyon. Viena. Tumba de Pilatos. Tournon. Valencia. Viviers. Puente del Espíritu Santo. Hermanos Pontífices. Mornas y el baron des Adrets. Avignon. Aventura en la tarde . . . . .	18	18—Arrabal San-Donino. Casa de Lavoro. Puente del Taro. Señoras del Sagrado Corazon. Estudios clericales. Vista de Parma . . . . .	54
6—Arlés. Saint Trophime. Los claustros. San Cesáreo. El teatro. El anfiteatro. Los concilios. San Genes . . . . .	27	19—Catedral de Parma. Bautisterio. Museo. Galería. Biblioteca. Interior de la ciudad. Iglesia de San Quintin . . . . .	55
7—El mar. Nuestra Señora de la Guardia. Lázaro. Marsella. El puerto. El hotel de Oriente . . . . .	29	20—Salida de Parma. Aduanero. Reggio. Módena. Muratori. Tiraboschi. Triunvirato. Bolonia. Virgen Santa. Procesion del Santo Sacramento . . . . .	58
8—Marsella. Iglesia. Establecimientos de caridad. Anécdota. Capuchinos . . . . .	31	21—Serenata. Imágen de una ciudad cristiana. Educacion. Torres de los Asinelli y de la Garizenda. Universidad . . . . .	61
9—Camino de Marsella á Tolon . . . . .	32	22—Madona de San Lucas. Su fiesta. Camposanto . . . . .	63
10—Vista del puerto. Visita al navío Oceano. El presidio. Anécdota. Reflexiones. Vuelta á Marsella . . . . .	34	23—Prision del rey Enzo. Iglesia de San Pablo. San Petronio. Santo Domingo. Santa Catarina de Bolonia. San Estéban. Anécdota sobre Benedicto XIV. Galería . . . . .	65
11— . . . . .	38	24—Los Apeninos. Trajes. La marquesa Pepoli . . . . .	68
12—Navegacion. Inglés. Camarote. Conversacion . . . . .	39	25—Florenca. Jardin Boboli. Ojeada sobre la historia de Florenca . . . . .	70
13—Cocina italiana. Vista interior de Génova. Influencia francesa. Espíritu religioso. Anécdota . . . . .	41	26—Bautisterio. Catedral. Monumentos del TOMO I.—33	
14—San Lorenzo. El Sacro Catino. El Disco. Villa Negroni. Palacio ducal y Sara. Costumbres italianas. El ventarron de los muertos . . . . .	44		
15—Hospital general. Cámara de Santa			